

Largo rato después, los husihuilkes y Cucub comían tunas rojas sentados en círculos sobre sus alfombras. Kume no estaba con ellos. Él ya no podía compartir el fuego familiar. ¡Qué distinta era aquella de tantas otras noches pasadas! Noches amigables, olorosas a laurel, cuando Kush contaba cuentos o tocaba, hasta muy tarde, su flauta de caña. ¿Volverían alguna vez?

Cucub hubiese intercedido de buena gana en favor de Kume; sin embargo, no lo hizo. Había aprendido lo suficiente sobre los husihuilkes como para saber de antemano que su defensa fracasaría. El zitzahay pensó de qué modo podía aligerar la amargura de aquella buena gente, y decidió que hablar de cosas pequeñas era lo adecuado.

—Es posible que ustedes quieran enterarse de ciertos detalles —dijo. —Gustoso les relataré cómo fue que me convertí de músico en mensajero. Y, si alcanza la noche, elegiré los mejores episodios de mi viaje. Nadie tenía sueño, y el zitzahay merecía ser compensado por el injusto trato que había recibido.

—Cuéntanos, si es de tu agrado hacerlo —aceptó Dulkancellin.

Y Cucub contó sin que lo interrumpieran:

—Estando yo en la ciudad que llamamos Amarilla del Ciempiés recibí la orden de acudir a la Casa de las Estrellas Como la Casa de las Estrellas está situada en Beleram, a dos soles de marcha de donde me hallaba, tomé el camino de inmediato. Sentí mucho abandonar Amarilla del Ciempiés sin acudir a la boda de la que éramos invitados de honor mi flauta y yo. ¡Bien, me dije, no tienes alternativa! Alguien más le pondrá música al festejo. Caminé día y noche, y divisé Beleram antes de lo razonable. ¿Creerán si les digo que ni siquiera me entretuve en el río? Atravesé dos poblaciones cercanas a la ciudad, atravesé el naranjal que la rodea. Tomé la calle del mercado, crucé el terreno de juegos, luego la plaza. Y me detuve a respirar frente a la Casa de las Estrellas. No me detuve porque sí, todavía faltaba subir la escalera que lleva hasta su puerta. ¡Pronto vas a conocerla, Dulkancellin! Tiene trece veces veinte peldaños, y está esculpida en una ladera de monte. Necesité hacer en aquella subida más pausas de las que había hecho durante todo el trayecto, pero llegué a la cima y me anuncié. ¡Deberían ver ese lugar! En parte, cavado en la roca. En parte, levantado con muros de piedra ensamblada. La puerta principal de la Casa de las Estrellas se abre a una enorme sala vacía, sin otro artificio que los haces de luz que entran por muchas pequeñas ventanas y se reflejan en los matices de la piedra. Mientras esperaba el regreso de uno de los centinelas que había salido a anunciarme, varios jóvenes aprendices pasaron por allí. A todos se los veía muy apurados: bajaban una escalera y subían la del costado opuesto, aparecían por una puerta interior y desaparecían por otra. Y, debo decir la verdad, ninguno se interesó en mí. Finalmente, el centinela volvió. "Vamos, Zabralkán te espera", recuerdo que me dijo.

Tomamos por una de las escaleras laterales. Subimos, subimos, subimos. Cada tanto, el centinela se detenía para permitirme descansar. Por la forma de mirarme, debía estar calculando que el vigor que me quedaba no iba a alcanzarme para llegar. Me dejaba tomar aliento y volvíamos a subir. ¿Hasta cuándo? ¿Cómo convencía a mis rodillas de que me sostuvieran un poco más? Cada rellano de la escalera servía de acceso a una habitación. Pude entrever algunas, mientras recobraba el aliento, pero la mayoría tenía cerradas sus puertas. No sé si a causa de mi cansancio o de las muchas sinuosidades del ascenso no logré comprender aquella construcción que, para más, se angostaba y oscurecía a cada paso. ¿Nos estábamos adentrando en el cuerpo del monte? Y si era así, ¿cómo, de un lado y de otro, aparecía el cielo detrás de pequeñas aberturas hechas en la roca? En un momento, el asunto dejó de importarme. El centinela y yo continuábamos trepando escalones. Se habían terminado los rellanos y las habitaciones, las paredes se apretaban contra la escalera cada vez más empinada. Y este pobre Cucub soñaba con el aire de afuera. "Llegamos" fue lo último que oí. Venía de muchos días de caminata y de subir una escalera interminable, así que me derrumbé.

Abrí los ojos en un recinto amplio, con ventanas salientes. Cuando estuve del todo despierto, comprendí que el tal recinto era un observatorio. Y las que creí ventanas eran puntos de mira. (...) Ahora debo agregar que la única persona que estaba a mi lado, observándome despertar, era Zabalkán. En anteriores ocasiones, él y yo nos habíamos visto las caras. Déjenme aclarar que esto no tiene nada de raro, pues es costumbre en Beleram que músicos, malabaristas y contadores de historias acudamos, en días ceremoniales, a la enorme explanada que rodea la Casa de las Estrellas. Espléndidas fiestas en las que Zabalkán, grande entre los Supremos Astrónomos, después de apreciar las destrezas de los mejores artistas de la Comarca Aislada escogía a Cucub para manifestarle su especial complacencia. (...)

¿Les dije que es Zabalkán el mayor de los Supremos Astrónomos? Lo que con seguridad no les he dicho, es de la vergüenza que sentí al comparar el orgullo de su porte con mi desaliño después de tan largo viaje. Sin embargo me tranquilicé apenas comprobé que Zabalkán no reparaba en mi aspecto. El Astrónomo llenó un cuenco con bebida de oacal endulzada, y me la ofreció. Con los primeros sorbos recobré el ánimo. (...) El Supremo Astrónomo caminaba alrededor de un gran bloque de piedra rectangular colocado en el centro del observatorio. (...) Y entonces comenzó a explicarme lo que todos aquí conocemos: que había un anuncio por comunicar y algunos pocos que debían escucharlo, que se enviarían mensajeros, que la misión debía ser resguardada..., que la inminencia de los hechos, y esto y lo otro. Y llegar a tiempo al concilio... y bla bla bla. ¡Y que yo había sido designado mensajero! (...)

Partí de Beleram un amanecer. Recuerdo haber visto varios hombres alisando el terreno de juegos, más algunos vendedores rezagados que recién llegaban al mercado. Debo confesar que me detuve en un puesto de comidas para comprar una tortilla envuelta en hojas. Aquella pausa no estaba contemplada en mi itinerario. ¡Pero cuántas veces el sabor de esa tortilla me devolvió la entereza para seguir el camino!

El relato de Cucub iba llenando la habitación de apariciones. Nombró el zitzahay la tortilla y todos los labios se humedecieron de aceite aromado. Y cuando los labios empezaban a secarse, se ensordecieron los oídos con el silbo de miles de pájaros que llegaron desde el valle más hermoso del mundo para aventar el fuego que se dormía. El zitzahay recordó el torso de las mujeres-peces contra el viento, y los hombres soñaron. Contó el sol del desierto y todos se aflojaron las mantas que los abrigan. El rebaño de llamellos que Cucub arreó con sus palabras se demoró en partir, porque los grandes animales se quedaron atorados en la pequeña casa de madera. Al fin llegó un águila que anidó sobre la pila de lanas de Vieja Kush, y luego ya no estaba.

Pero estaba el bosque de Los Confines que en boca del zitzahay pareció más familiar que nunca.

—Tanto me guió el paisaje —continuó Cucub —que, como hacía en mi tierra, caminé cantando. Gracias a eso me resultó posible saber en todo momento, y con suficiente exactitud, a qué distancia estaba de las casas husihuilkes. Aunque jamás vi las aldeas, podía extender mi brazo y señalarlas: una aquí y otra allá. Así de cercanas o así de distantes de mi canción. (...)

Duermen los pequeños. Y los tres que han conseguido mantener los ojos abiertos son quienes pueden y deben conocer antiguos sucesos, origen de lo que hoy ocurre y mañana ocurrirá. Dulkancellin se enterará de ellos apenas arribemos a la Casa de las Estrellas. Pero mientras antes sepa de estas cosas, más y mejor podrá meditarlas. Con respecto a Vieja Kush y a Thungür... Supongo que Kupuka tendrá planeado informarlos de todo a su regreso. Mi pregunta es: ¿Y si Kupuka jamás pudiera volver? No olvidemos, ni por un momento, que vivimos días de incertidumbre. En cada región de la Tierras Fértiles se habla de acontecimientos inexplicables. Y entre ellos, de varias desapariciones. ¿El Brujo de la Tierra regresará? Si Kupuka no vuelve, si Dulkancellin y Cucub ya no vuelven, dos personas habrá en Los Confines que conozcan los hechos y decidan cómo continuar. Así pienso, y espero no equivocarme. (...)

¡Ah!, Vieja Kush... Mientras tanto, tú puedes traer leche tibia y algunos trozos de pan de maíz.

Cuando Dulkancellin, Thungür y Cucub volvieron a sentarse junto a la chimenea, el pan y la leche estaban dispuestos.

—Bébela caliente —le dijo Kush al zitzahay—. Tu voz te lo agradecerá.

—A ti —respondió Cucub, con un amago de reverencia. La tormenta no amainaba. Al contrario, el viento helado acumulaba cerrazón, y el cielo se caía en los pantanos. (...)

—Zitzahay, continuaremos escuchándote porque prometes decir cosas provechosas —anunció Dulkancellin—. Pero la noche corre hacia el amanecer, y todos debemos descansar un poco. Mañana estaremos en vísperas del viaje, y con mucho trabajo sin hacer. Te ruego que no demores más de lo necesario.

—No diré ni una sola palabra ociosa. (...) —el artista hizo un silencio de oficio—. El día de mi llegada mencioné, como al pasar, algo esencial para entender la turbiedad de estos asuntos. En esa oportunidad, fue Kupuka el único que percibió la verdadera importancia de mi comentario. Lo adiviné en su mirada ensombrecida. Esta vez, seré más explícito; sin la intención de ensombrecerlos a ustedes, sino de alertarlos. Los hechos que se avecinan han conseguido confundir a la Magia. La comprensión del verdadero propósito que tienen los extranjeros y, por supuesto, la decisión de recibirlos con pan o con guerra trazan una línea. De ambos lados, la Magia interpreta de diferente modo las mismas señales. Todo es confuso. Donde unos leen noche, otros leen día; y nunca, en lo que se recuerda, había sucedido nada similar. Mi humilde entender se atreve a vaticinar que, si esto no cambia, el riesgo será muy alto. Si el concilio equivoca su palabra final, si nuestras acciones no son desde el comienzo las acertadas, algo terrible nos sucederá.

—¿Cómo es posible que tú lo comprendas, que yo mismo lo comprenda, y no pueda comprenderlo la Magia? —preguntó Dulkancellin.

—¡Claro que lo comprende! —respondió Cucub—. Pero no halla el modo de remediarlo, ni de arribar a un solo justo discernimiento. No hay en la Magia, así lo espero, mezquindades ni soberbias. No hay traiciones. Hay sabidurías que todavía no pueden encontrarse. En eso, y sólo en eso, cifro mis esperanzas. Tal vez, cuando lleguemos a la Comarca Aislada encontremos que el movimiento de los astros en el cielo, las profecías, los sueños sagrados, los calendarios, las visiones de los iniciados y los indicios de la tierra han sido, finalmente, interpretados de una única manera.

Dulkancellin marcó con un gesto que la idea ya estaba comprendida. Luego se aseguró de que Cucub siguiese avanzando sobre lo importante.

—Zitzahay, has hablado con precisión. Ahora dinos, si es que puedes, por dónde pasa esa línea que mencionaste. ¿Qué dicen unos y otros?

—Tu pregunta se adelanta al asunto que estaba a punto de tratar —dijo Cucub, molesto por la impaciencia del guerrero—. Ya que lo exiges, se los diré en pocas palabras. Hay quienes creen que son los bóreos los que llegan. Diría mejor, los que regresan. Y hay quienes temen, ¡las estrellas se conjuguen para protegernos!, que sean las sombras de Misáianes las que vienen, tal como una vez les fue advertido a nuestros antepasados.

Cucub se quedó esperando, seguro de que los husihuilkes le pedirían que se explicase mejor. Para su asombro, Vieja Kush empezó a recordar:

—El primero de los nombres que pronunciaste no me es desconocido. Bóreos... Escuché sobre ellos cuando era tan pequeña como Wilkilén. Fue de boca de uno de mis abuelos, en una noche casi igual a esta.

—Es posible —replicó Cucub—. Muchos oyeron hablar sobre los bóreos. Y algunos, viejos y memoriosos, todavía recuerdan lo que oyeron. Tú, Vieja Kush, habrás escuchado de sus cabellos rojos y de su piel sin color. Pero qué hicieron entre nosotros, eso difícilmente lo sepas.

—Dices bien. Cierro los ojos, y oigo la voz del abuelo describiendo a esos hombres. También recuerdo que nos decía que ellos jamás habían pisado Los Confines. Hasta allí nomás, y se me acaba la memoria.

—Hermana Kush, no podrías recordar lo que no sabes —dijo el zitzahay—. No un abuelo, sino siete abuelos atrás deberíamos remontarnos si quisiéramos llegar al tiempo en que los bóreos nos visitaron. Y a lo remoto debemos añadirle lo secreto; puesto que la verdad sobre estos hechos fue preservada en códigos cifrados, sólo a la mano de unos pocos. Y así permaneció, en espera de días propicios para volver a ser contada. Los días propicios son estos que corren, y nosotros somos de los primeros en saberla. ¿Gracia o desgracia este destino que nos ha tocado? Yo no lo sé.

—Dinos, por fin, lo que debemos conocer —pidió Dulkancellin.

Cucub tenía la palabra, y se sintió en casa.

—Un día de un lejanísimo pasado, los bóreos desembarcaron en la Comarca Aislada. Por aquel entonces, muy poco se conocía... Diría mejor, muy poco se recordaba de ellos: que habitaban en las Tierras Antiguas, al otro lado del mar. Y que eran vástagos directos de una inmemorial y noble raza de hombres. La expedición que los bóreos enviaron trajo malas primicias. Pero digo tan malas como ninguna de las que hubiesen recorrido las tierras. Nuestros grandes los escucharon. Y, como antes dije, todo lo que los bóreos dijeron fue escrito en lenguas herméticas sobre láminas de corteza plegadas que metieron en estuches lacrados, que guardaron en un cofre de piedra, que ocultaron en una cámara reservada (...).

Una guerra comenzaba en las Tierras Antiguas; tan absoluta, tan diferente a las muchas que se habían librado a lo largo del tiempo que los bóreos cruzaron el mar con el anuncio. De las Tierras Antiguas a las Tierras Fértiles. Nadie correría ese riesgo sólo para hablar de una guerra parecida a todas. Nuestros antepasados fueron bien advertidos por los bóreos: "Hermanos de las Tierras Fértiles, el motivo que nos ha traído hasta ustedes no podría ser otra contienda de las Criaturas, por grande que ella fuera. Venimos a decir que en las Tierras Antiguas se prepara la última guerra. Sepan que nos enfrentamos a uno al que su propia madre llamó Misáianes. Y esto, en lenguas remotas, significa "Odio Eterno". Los bóreos dijeron que Misáianes había sido gestado en las tripas de la Muerte. Creado y crecido para elevar sobre nuestro mundo el poder de la ferocidad.

Cuando Vieja Kush, Thungür y Dulkancellin oyeron al zitzahay, tuvieron la sensación de que Misáianes era un nombre capaz de dividir el Tiempo. Un escalofrío entró a la habitación, revoloteó y se posó en las almas, como un pájaro agorero.

—Los códigos a los que hice referencia —continuó Cucub—, repiten fielmente las palabras de los bóreos. Retuve en mi memoria algunos de los fragmentos que Zabalkán recitó con mayor frecuencia, durante mi estadía en la Casa de las Estrellas; y creo que no hay nada más apropiado para terminar de explicarme: "A nosotros, los que habitamos en las Tierras Antiguas, nos corresponde dar las primeras batallas contra Misáianes. Así debe ser, porque Misáianes nació y creció en un monte de nuestro continente. Y es allí donde concentra sus fuerzas. Pelearemos hasta la última gota de sangre de la última buena Criatura; pero, quizás, no sea suficiente. Por ahora, este lado del mundo está a salvo. Nosotros y el mar somos el escudo. ¡Preserven este lugar y esta vida! ¡Protéjanse, y protejan a los hijos que dejaremos entre ustedes! En ellos depositamos la esperanza de permanecer, aunque caigan las Tierras Antiguas. Si vencemos, vamos a volver en busca de nuestra descendencia. Nos verán regresar por el mar. Y en esos días, pasaremos el pan de mano en mano alrededor de la pira ceremonial. En cambio, si somos derrotados serán ellos los que lleguen. Misáianes se hará fuerte en las Tierras Antiguas. Luego enviará sus ejércitos a devastar este continente, porque tal es su designio: ni un sólo árbol en flor, ni un sólo pájaro cantando. Sabemos que, llegado el momento, ustedes pelearán como nosotros lo haremos ahora. Pero el momento, si es que ha de llegar, demorará manojos de años. Los plazos de esta guerra no son los de una vida humana. Por eso, vean que la memoria se mantenga encendida y custodiada. No importa cuánto tiempo transcurra... Cuando el arribo de una nueva flota sea vaticinado, algunos deberán recordar con exactitud para poder determinar si en esas

naves vuelven los bóreos. O se acerca Misáianes. Ellos o nosotros. La Vida o la Muerte. Eso es todo. ¡Cuiden que nuestros hijos se multipliquen!" (...)

—Veo que empiezan a comprender —dijo Cucub—. ¿Vuelven los bóreos o se acerca Misáianes? Las señales, lejos de iluminar, se empeñan en oscurecer. Todo lo que se muestra a los ojos de la Magia puede leerse de dos modos diferentes, y el resultado es la incertidumbre.

—Te oímos hablar sobre Misáianes como jamás se ha hablado de alguien —exclamó Dulkancellin—. Dinos, Cucub, ¿quién es él? (...)

Muchos años atrás, la vida sumada de siete abuelos, los Astrónomos de la Comarca Aislada habían hecho a los bóreos la misma pregunta que Dulkancellin le hizo entonces a Cucub.

"Y cuando nosotros, los Astrónomos, preguntamos acerca de Misáianes, los bóreos nos respondieron esto que aquí transcribimos. Así como ellos hablaron nosotros asentamos las palabras, sin quitarlas ni agregarlas. Y estos son códigos sagrados que preservaremos hasta el día de las naves. Los bóreos nombraron a Misáianes y lo llamaron el feroz, el que no debió nacer. Así hablaron los bóreos. Tememos a Misáianes, el que vio la luz de este mundo porque su madre quebrantó las Grandes Leyes, así nos dijeron. La Muerte, condenada a no engendrar criatura mortal ni inmortal, erró por la eternidad reclamando progenie. Sollozó y suplicó, pero la prohibición era absoluta. Era negación que jamás acabaría. Y entonces, la Muerte desobedeció. Y moldeó un huevo de su propia saliva y lo sacó de su boca. Secretó jugos y lo impregnó con ellos. Y fue de esas materias inmundas que nació el hijo, amparado en la soledad de un monte olvidado de las Tierras Antiguas.

Pero el que nació de la Desobediencia trajo el espanto consigo; y el espanto no fue su atributo sino su esencia. El hijo trajo aquello que ni su propia madre pudo presentir. Así hablaron los bóreos. Esto ocurrió porque las Grandes Leyes fueron desobedecidas, así nos dijeron. Cuando las Grandes Leyes fueron desobedecidas se abrió una herida. Y el Odio Eterno, que esperaba más allá de los límites, encontró la fisura. El Odio Eterno penetró por la herida de la Desobediencia, cuajó en el huevo y tuvo sustancia. En el hijo de la Muerte, el Odio Eterno encontró cuerpo y voz en este mundo. Así hablaron los bóreos. Emergió el alma de lagarto, así dijeron. El maldito. Entonces, la Muerte vio lo que era. Vio que el engendrado era carne del Odio Eterno, y pensó en triturarlo con sus dientes. Y ese día, no pudo. Y al siguiente día, no pudo. Y al tercer día, se enorgulleció de la bestia y la llamó Misáianes. Ese día tercero empezó un nuevo tiempo, tiempo luctuoso. Y nadie lo supo. Misáianes creció. Se hizo dominador de una vastedad de Criaturas y extendió su imperio. Sabed que el hijo de la Muerte no mostrará su rostro, así hablaron los bóreos. Está dicho que andará embozado hasta los últimos días, así nos dijeron. Porque Misáianes, hijo de la Muerte, habla parecido a la verdad y confunde a quienes se detienen a escucharlo. Conoce las palabras que adulan a los fuertes y seducen a los débiles; sabe dónde susurrar para enemistar a los hermanos. Grande es el peligro. Él puede parecernos un maestro majestuoso, un nuevo tutor. Puede parecernos consejero del sol. Así hablaron los bóreos. Grande es el peligro, así nos dijeron. Muchos correrán allí donde su dedo señale. Muchos, en el mundo, lo venerarán. Sabed y recordad. Misáianes llegó para extinguir el tiempo de los hombres, el tiempo de los animales y del agua, del verdor y de la luna, el tiempo del Tiempo. Muchos se embriagarán con su veneno, y otros caeremos en la batalla. Y es mejor caer en la batalla. Así hablaron los bóreos. Mantengan la memoria, así nos dijeron. Misáianes, el descorazonado, es el fin de toda luz. Misáianes es el comienzo del dolor increado. Si somos derrotados en esta guerra, la Vida caerá con nosotros. Si somos derrotados, la luz será condenada a arrastrarse sobre cenizas. Y el Odio Eterno caminará por el atardecer de la Creación. Hasta aquí hemos escrito lo que los bóreos dijeron. Nosotros preservaremos los códigos tal como ellos nos lo pidieron. Llegará un día cuando alguien vuelva a nombrar a Misáianes. Nombrarán a Misáianes y se preguntarán por su origen. Y el que pregunte, tendrá respuesta".

Era la madrugada de la partida. Durante la noche, la lluvia había amainado hasta casi cesar; pero ahora, nuevamente, caía copiosa. (...) Dulkancellin repasó cada cosa con cuidado. Cuando tuvo la certeza de que nada faltaba, se volvió hacia los suyos con intención de hablarles. (...).

—Es momento de partir. Saben que no tengo otra alternativa que abandonarlos para emprender un camino exigido. Cuídense, y esperen a Kupuka. Él les traerá noticias.

La despedida no podía demorarse. Dulkancellin, que no sabía llorar, se acercó a sus hijas. Kuy-Kuyen retenía lágrimas a fuerza de no pestañear. Wilkilén se las secaba con ruido. El padre se agachó y las besó en la frente.

—Adiós.

Después abrazó a Piukemán. El niño hubiera querido agarrarse al abrazo, y decirle que tenía miedo. Los ojos de su padre no lo dejaron.

—Hijo, asiste a Thungür en sus quehaceres, y obedécele.

—Sí, padre —respondió Piukemán.

Thungür y Dulkancellin se despidieron con las manos ciñendo los antebrazos, al modo de los guerreros.

—Se cumple el vaticinio de la oropéndola. Ya ves, hijo, el bosque no se equivoca. Apenas yo trasponga esa puerta, serás el jefe de esta casa.

—Contra mi deseo —contestó Thungür.

—La caza y la pesca, las decisiones, la vida de la aldea; nada se detendrá esperando mi regreso. Tampoco lo hagan ustedes. (...)

Dulkancellin miró a su madre. La anciana se acercó a él y le tomó las manos. Vieja Kush pensaba en Kume.

—Dulkancellin, no abandones la casa sin abrazar a uno de tus hijos. No agrandes el dolor.

—Vieja Kush —respondió el guerrero—, parece que los años están enturbiando tu razón. Tengo cuatro hijos, y de cada uno me he despedido con pesar.

Todos miraron a Kume que, alejado del grupo, trenzaba tiras de cuero. El muchacho no levantó la vista de su trabajo; pero Kush vio que apretaba las mandíbulas. "Es el más bello", pensó la anciana, buscando alivio en ese pensamiento.

—Zitzahay, démonos prisa —dijo Dulkancellin—. Hay que partir.

—Espera un momento —respondió Cucub—. Debo deshacer un rencor. (...) Apiñados como los granos de la arena, así debemos estar. Cualquier enemistad se volverá contra nosotros. Ese es mi pensamiento, y actuaré en consecuencia.

El zitzahay llegó hasta Kume, que ya estaba de pie.

—Tanta tierra nos separará que difícilmente volvamos a encontrarnos. No es mi culpa lo que sucede; no irrumpí en tu bosque por mi deseo. Yo hubiese preferido quedarme a cantar bajo el cielo que conozco, pero no pudo ser. Te saludo y te ofrezco mi amistad.

La mirada de Kume, negrísima y entrecerrada, se puso húmeda. La humedad se le venía a los ojos desde un lugar recóndito donde siempre estaba triste. Pero de pronto, volvió a endurecerse. Sonrió con desprecio al hombre que le hablaba, y salió de la habitación en silencio.

—Partamos —pidió Dulkancellin.

—Cuando quieras, guerrero —respondió Cucub, mirando su mano extendida y sola.

Junto a la puerta, los dos cargaron los morrales a sus espaldas y ciñeron sus mantos. Dulkancellin sabía que todos esperaban oírle pronunciar una sola palabra: Regresaré.

Pero Dulkancellin, que no sabía llorar, tampoco sabía mentir.

—¡Adiós!— dijo solamente.

No habían dado sino unos cuantos pasos cuando la lluvia los ocultó. Las cinco miradas se empeñaron en buscarlos. Verlos una vez más, eso querían. Sonreírles y que no se agrandara el dolor.

—Adiós, Dulkancellin —Vieja Kush supo que acababa de verlo por última vez. (...)